

Naciones, nacionalismos y Estados*

MICHAEL KEATING

University of Western Ontario, Canadá

El nacionalismo como doctrina y programa político

El nacionalismo ha sido una de las doctrinas más influyentes de los tiempos modernos. No obstante, continúa siendo una de las menos comprendidas. Según parece, interminables disputas han porfiado sobre su significado y origen, sus doctrinas, su relación con otras formas de identidad colectiva tales como la clase, la raza o la etnicidad, sobre su valor moral y su futuro. El presente artículo sostiene que el nacionalismo no posee una doctrina fija; se guía por los principios de autodeterminación y autogobierno, pero éstos adoptan múltiples formas. Además ha sido confundido con otros dos conceptos cuya conexión con él es históricamente contingente, pero no lógicamente necesaria: el de etnicidad y el de Estado.

El nacionalismo cuenta ciertamente con un principio central, el de autodeterminación, pero no puede ser reducido a una serie de principios causales. Las interpretaciones sobre el nacionalismo han sido proclives al reduccionismo analítico, ya se tratase de dar una definición del mismo o de explicar su desarrollo y persistencia. El nacionalismo sólo puede entenderse como una construcción compleja en la que diferentes elementos se mezclan en diversas proporciones en determinados momentos y lugares. Ninguna versión del mismo se halla libre de contradicciones e incluso versiones opuestas compiten entre sí en algún momento dado.

En la era contemporánea, el nacionalismo ha pasado por una serie de transformaciones, dando lugar a distintas variedades en distintos lugares (y algunas veces hasta en el mismo lugar). Su conexión histórica con el Estado ha sido puesta en cuestión, dada la transformación de éste y su renuncia al monopolio de la autoridad. En algunos lugares, se está reafirmando una identificación del nacionalismo con la etnicidad. La interminable disputa acerca de si el nacionalismo es algo bueno o malo, no puede resolverse si éste es considerado como una simple entidad. Existen distintas tradiciones y elementos dentro del nacionalismo, algunos de los cuales son positivos y otros negativos. Algunas varian-

* Agradezco a Richard Vernon sus comentarios a una primera versión de este trabajo.
Trad. del original especialmente escrito para este número de la *RIFP* de Juan García-Morán.

tes del mismo conllevan un gran potencial destructor y opresor. Por otra parte, cierta forma de nacionalismo resulta todavía necesaria para proporcionar un sentimiento de identidad, para sostener la producción de bienes públicos y para reforzar la solidaridad social frente a las fuerzas socialmente desintegradoras del mercado. Esta forma de nacionalismo debería, no obstante, estar basada en valores cívicos, ser integrador antes que excluyente y dejar de reclamar el monopolio de la lealtad.

¿Qué es el nacionalismo?

El nacionalismo puede adoptar una expresión puramente cultural o limitarse a competiciones deportivas internacionales. Puede abarcar un sentido de pertenencia, una historia común y una serie de mitos. Los científicos sociales tienden a restringirlo a sus formas políticas y a fijar su atención en el deseo de autogobierno por parte de la nacionalidad. Éste es el sentido en que será interpretado aquí, por más que dicho autogobierno pueda adoptar una amplia variedad de formas.

Debido a su propia complejidad, muchos estudiosos han buscado un núcleo de doctrina o un rasgo procedimental correspondiente al nacionalismo. Otras doctrinas, conceden dichos estudiosos, podrían ser añadidas de vez en cuando sólo que continúan siendo contingentes, reflejan las necesidades políticas o las bases sociales de un movimiento nacionalista dado, pero no forman parte del núcleo mismo de la doctrina. Para la mayoría, sin embargo, este tipo de reduccionismo analítico ha sido como pelar una cebolla para encontrar el corazón: una vez que se han quitado las sucesivas capas, no queda nada dentro. Por ejemplo, Smith (1971, p. 21) ha definido el nacionalismo como sigue:

1. La humanidad se divide en naciones.
2. Cada nación posee su carácter peculiar.
3. El origen de todo poder político es la nación, el conjunto de la colectividad.
4. Para conseguir su libertad y autorrealización, los hombres deben identificarse con una nación.
5. Las naciones sólo pueden realizarse plenamente dentro de sus propios Estados.
6. La lealtad hacia el Estado-nación se impone a otras lealtades.
7. La principal condición de la libertad y la armonía globales consiste en el fortalecimiento del Estado-nación.

Se podría cuestionar la mayor parte de estos criterios remitiéndose a casos particulares. La reivindicación de un Estado, invocada también por Breuilly (1982), no sólo limita la categoría del nacionalismo; es también una petición de principio acerca de qué se entiende por Estado en cualquier momento histórico.

Smith mismo concede que cierto tipo de nacionalistas puede que busquen la autoexpresión cultural más que su propio Estado; otros buscan grados de autodeterminación que distan de alcanzar la categoría de Estado. La doctrina nacionalista no puede presentarse como un principio universal acerca del gobierno humano, ya que no contiene ningún criterio por el cual la humanidad tenga que hallarse dividida en naciones. Sin tales criterios convenidos, por tanto, la especificación 7 arriba expuesta no se cumpliría, ya que la gente emprendería (y emprende) la guerra por la definición de la nación, resolviéndose finalmente la cuestión por la fuerza. Casi todas las formas de nacionalismo se basan, de hecho, en las reivindicaciones de una única nación (Breuilly, 1982), y los nacionalistas de toda laya pueden resultar extraordinariamente insensibles a las reivindicaciones de los demás al *status* nacional. El criterio 4 parecería aplicable tan sólo al nacionalismo liberal o democrático, y excluiría a las dictaduras nacionalistas.

Si, en lugar de tratar de definir el nacionalismo mediante la referencia a un núcleo singular, lo entendemos como una construcción que tiene que ver con casos particulares, podemos lograr entonces dar una mayor significación a estos casos. Si rebajamos la pretensión de que se trate de una doctrina universal, hay entonces menos necesidad de entenderlo como un conjunto de ideas únicas, consistentes. En lugar de eso, podemos verlo como una tendencia, una ideología utilizada para pedir reivindicaciones en casos expresos. En algunos de estos casos, en los que se invocan valores democrático-liberales, resulta útil presentarlo como un principio universal, aunque ello no sea siempre necesario. Lo que no deja de ser necesario para el nacionalismo político es la demanda de autogobierno y el derecho de autodeterminación de la comunidad nacional. A ello se añade una variedad de factores en lugares y circunstancias históricas concretas. Esto, claro está, plantea la cuestión de cómo se va a definir y reconocer esa comunidad, y aquí de nuevo aparece más de una respuesta.

Nacionalismo, Etnicidad y Autodeterminación

Existen tres grandes escuelas de pensamiento en lo tocante a cómo se definen las naciones y empiezan a surgir los nacionalismos. La primera se basa en la noción de etnicidad e insiste en que las naciones comienzan a surgir sobre la base de características de grupo adscriptivas [*ascriptive*], que permiten a la gente reconocerse como miembro de un grupo y diferenciarse de los que no pertenecen al grupo (Smith, 1986; Kellas, 1991). En el siglo XIX era frecuente referirse vagamente a esto como la «raza», a la que se veía como la base de la identidad nacional. En estas últimas décadas, el uso de la raza en este contexto ha sido en gran parte abandonado en vista de las objeciones científicas y morales. No obstante la asociación del nacionalismo con el concepto moralmente saneado de etnicidad continúa haciéndose, ya sea explícita o implícitamente

(por ejemplo Smith, 1993). Únicamente donde existe tal base étnica, se arguye, se desarrollan con éxito los movimientos a favor de la autodeterminación. Con todo, existen serios problemas dentro del paradigma de la etnicidad. Riggs (1985) define la etnicidad como un «modo de relaciones sociales adscriptivas, que se autopropagúan genéticamente, tratadas como una alternativa —o complemento— a otras formas de organización social, dentro del contexto de una sociedad más amplia». Pero no todos los estudiosos de la etnicidad aceptarían la necesidad de la transmisión genética, la cual conduce directamente de nuevo a las ideas sobre la raza. Otros fijan más su atención en los modelos de relaciones sociales, y algunos todo lo mezclan indiscriminadamente. Neilsson (1985, p. 26) escribe que:

Las características denotadas por un *grupo étnico* incluyen atributos de categoría social tales como identidad racial común, cultura (que comprende lenguaje y religión), parentesco, costumbres sociales, historia y contigüidad geográfica estable.

Kellas (1991) escribe con cierta amplitud acerca de las causas genéticas y sociobiológicas de la identidad étnica, pero luego rápidamente pasa sobre las causas sociales sin ni siquiera aprobar o rechazar las primeras. Se manejan varias definiciones distintas de etnicidad, algunas de las cuales la identifican con la nacionalidad mientras que otras la distinguen.

Pero de todo ello no surge ninguna definición exacta de etnicidad como objeto de análisis independiente. Más que en la variable independiente, la etnicidad se ha convertido en la *explicandum* misma. En realidad el concepto se ha dilatado tanto que, en vez de limitar y determinar el campo de investigación, ha llegado a abarcar casi todo. Permítasenos, no obstante, dejar a un lado esta objeción y dar por sentado que etnicidad significa identificación adscriptiva basada en indicios reconocibles. Todavía no está claro que ésta constituya la variable independiente del análisis, que pudiera proponerse como la causa del nacionalismo. Puesto que aún hemos de determinar la base de la etnicidad, vamos a dar cuenta de una disputa adicional, entre esencialistas [*primordialists*] y situacionistas [*situationists*] (Conversi, 1987; Eller y Coughlan, 1993). Los esencialistas mantienen la opinión de que las identidades étnicas están muy arraigadas y constituyen un *a priori*. Algunos teóricos del nacionalismo ven por tanto esto como la causa, aunque no necesariamente de manera estrictamente determinista, de la movilización en torno al tema del nacionalismo (Smith, 1986). Por su parte los situacionistas tienden a ver la autoidentificación étnica más bien como el resultado que la causa de la movilización. También advierten que la etnicidad es siempre contextual (Horowitz, 1975). Esto es, los individuos se definen colectivamente en términos «étnicos» para extraer recursos en aquellos sistemas donde las recompensas se obtienen precisamente de tal autoidenti-

ficación; o donde es necesario defenderse de la persecución o la opresión. Por consiguiente, las etiquetas étnicas adquieren significado únicamente dentro de marcos históricos y espaciales concretos, y lo pierden cuando se sacan fuera de ellos. El término «hispano», por ejemplo, posee significado sólo dentro de los Estados Unidos, donde con él se alude a un grupo heterogéneo que ha encontrado intereses comunes en el seno de la sociedad americana contemporánea. Algunos (incluido el autor del presente artículo) son capaces de reivindicar identidades étnicas diferentes en diferentes contextos, de acuerdo con distintos fines. También se pueden crear nuevas identidades o modificar las viejas (Eller y Coughlan, 1993). La creación de la etnicidad, así pues, resulta tan compleja y problemática como la del nacionalismo mismo y se resiste por igual al simple reduccionismo.

En cualquier caso, puede afirmarse con seguridad que comoquiera que conceptualicemos la etnicidad, ésta no es lo mismo que el nacionalismo. En efecto, no deja de ser una característica de la mayor parte de las naciones el que se compongan de varios grupos étnicos diferentes, y que la mayoría de estos grupos étnicos carezcan de aspiraciones nacionalistas. Estados Unidos no es menos nación porque dentro de ella los ciudadanos se reconozcan y se organicen sobre una base étnica. Los celtas, que bien pudieran verse como un grupo étnico, no constituyen una nación sino que más bien se juntaron con los no celtas hasta formar varias de las naciones de Europa occidental. Tratar de hallar la explicación del nacionalismo en una etnicidad preexistente es un mero reduccionismo, un intento de dar cuenta de un fenómeno más complejo remitiéndose a un supuestamente más simple, que lo subyace.

Es innegable que existe una conexión entre la etnicidad y varias formas de nacionalismo. Los nacionalistas apelan ciertamente a menudo a los sentimientos étnicos. Sin embargo, es tal la naturaleza flexible e instrumental de la identidad étnica, que casi toda demanda de autonomía territorial basada en la identidad étnica produce una reconvencción por parte de otros grupos que se hallan dentro de la sociedad, quienes afirman que ellos también constituyen etnicidades con derecho a la autodeterminación. Casos extremos de fragmentación social en este sentido serían el Líbano o los Balcanes, aunque existen muchos otros. Históricamente, el nacionalismo irlandés ha contado con dos tradiciones: una noción excluyente, étnicamente fundamentada y esencialmente adscriptiva ligada al catolicismo, y otra noción más liberal, integradora. El triunfo de la primera simplemente reforzó a los protestantes irlandeses en su autoidentificación, si bien el que ésta sea sucesivamente «británica» (como ellos insisten) o «protestante de Ulster» (como los observadores británicos tienden a insistir) es asunto de debate —y un ejemplo elocuente de la naturaleza contextual de la etnicidad—. Aquellas sociedades donde las recompensas y el *status* se basan explícitamente en lo étnico o en otras características adscriptivas, alientan de un modo parecido la proliferación de grupos de *status* adscriptivo. Por consiguiente-

te, lejos de consolidar la identidad nacional la política étnica puede servir para socavarla.

La segunda definición es voluntarista: para que el pueblo constituya una nación basta con que se considere a sí mismo como tal. De acuerdo con el famoso dicho de Ernest Renan, una nación es un plebiscito diario. Esta afirmación capta el importante papel que desempeña la voluntad en la creación de las naciones, vinculando el nacionalismo a una teoría de la autodeterminación. Ello, sin embargo, no elimina por completo el problema de las definiciones contradictorias acerca de quién constituye la nación. Tampoco evita el que un reguero continuo de grupos dentro de la nación defiendan su propio *status* nacional, con el subsiguiente derecho de autodeterminación. En un mundo en el que la nacionalidad comporta privilegios, *status* y poder de negociación, siempre existirá la tentación de hacer esto.

En tercer lugar, el nacionalismo se explica como una creación del Estado. Los regímenes gobernantes, al tener que consolidar y legitimar su poder y movilizar a la población en torno a las necesidades del desarrollo nacional, crean un sentimiento de identidad nacional. Esto se efectúa a través de la educación, el ceremonial cívico, la reescritura y glorificación de la historia nacional y una política exterior agresiva, ya sea llevada a cabo por medios militares, económicos o diplomáticos. Esta explicación, además, proporciona una importante percepción acerca de la creación y el sostenimiento del nacionalismo, aunque tampoco pueda presentarse como una teoría general. Las formas del nacionalismo y los medios de que se sirven los Estados para su expresión, han variado considerablemente según la época y el lugar. Muchos movimientos nacionalistas no son creados por los Estados, o son creados precisamente para oponerse al Estado y reivindicar un orden político diferente.

Las naciones no pueden ser construidas, tampoco, por individuos atomizados, automotivados, que persiguen sus propios intereses. Es posible que la cooperación en tareas colectivas confiera mayor sentido a los individuos, y más adelante se sostendrá que ésta es una de las funciones que desempeña el nacionalismo. Sin embargo, esto no significa que los individuos estén dispuestos a cooperar. Existen muchos y muy conocidos obstáculos a la acción colectiva, incluso cuando ésta forma parte del interés común. El nacionalismo proporciona un refuerzo a la acción colectiva, a través de la invocación de símbolos comunes y de la creación e identificación de lo particular con una totalidad mayor. Por otra parte, la identificación colectiva a través de la nación no consiste precisamente en un ciego prejuicio, una pura emoción o una respuesta a una programación biológica: es el resultado de procesos históricos de interacción y construcción de la nación. Los Estados han sido un agente importante, pero no el único, en este proceso. El resultado de la construcción de la nación ha variado según los casos, produciendo no un nacionalismo sino una variedad de tipos.

Dos tipos de nacionalismo

Se ha sostenido hasta ahora que el nacionalismo no consiste en un conjunto de ideas únicas e inmutables cuya génesis histórica pueda establecerse puntualmente. Constituye, más bien, un principio general que puede invocarse en contextos específicos, enmarañado con otras filosofías sociales, económicas y políticas. Éstas pueden proporcionar un conjunto de ideas que se refuerzan mutuamente, o pueden contener contradicciones internas en un intento de atraer así a una abigarrada audiencia. En cualquiera de ambos casos, el nacionalismo es un mecanismo de movilización política.

Gran parte de la literatura sobre el nacionalismo (Kohn, 1944, 1955; Snyder, 1954) reconoce dos variedades del mismo, la alemana o continental, y la liberal. En la concepción alemana del nacionalismo, la pertenencia a la comunidad nacional se concede partiendo de la base de criterios adscriptivos o hereditarios, del *droit du sang*. La nación es la base de la sociedad y de los derechos individuales; las libertades y los deberes proceden de la nación, que es por tanto superior y está antes que el individuo. El Estado es la más alta expresión de la nación y, de este modo, está también por encima del individuo incluyendo en su interior todos los derechos civiles. En la concepción liberal del nacionalismo, el individuo está antes que la nación, la cual consiste simplemente en un conjunto de individuos. Los derechos son inherentes a los individuos, quienes pueden organizarse por medio de la nación. La nación y el Estado son producto de la voluntad individual y no pueden reemplazarla. La pertenencia a la nación no se concede de acuerdo con características adscriptivas, sino de acuerdo con la ley y el procedimiento debido, o simplemente por haber nacido dentro del territorio nacional, por el *droit du sol*. En principio, cualquiera puede ser miembro de la nación.

Las consecuencias políticas de estos dos tipos de nacionalismo difieren profundamente. El primer tipo es excluyente y se asocia muchas veces con el esquivo concepto de «etnicidad». El segundo está abierto a todos y se basa en valores cívicos. El primer tipo parte de definiciones colectivas y puede resultar favorable a las definiciones colectivas de los derechos y deberes y a las soluciones colectivas de los problemas políticos, a la luz de los intereses de grupo. El segundo es individualista y tendería a favorecer al individuo por encima de los derechos de grupo.

Kedourie (1966) insiste en que sólo hay una especie de nacionalismo, ya que la exaltación de la nación implica forzosamente el sometimiento del individuo y transforma las cuestiones de interés en cuestiones de principio. El nacionalismo es por tanto intrínsecamente inestable y agresivo, e incapaz de mantener una pacífica política de compromiso. Kedourie ha sido criticado (Smith, 1971) por centrar su atención en un único elemento del nacionalismo y convertirlo en su totalidad. De hecho, Kedourie (1966, pp. 131-133) menciona la teo-

ría liberal o *whig* del nacionalismo únicamente para despacharla en pocas palabras por no tratarse de una teoría auténticamente nacionalista, ya que escritores *whig* tales como Mill y Acton tomaron en consideración la posibilidad de Estados multinacionales e incluso los aprobaron realmente.

Esto es fruto de una confusión terminológica propia del siglo XIX. En terminología moderna, lo que Mill y Acton venían a decir es que los Estados pueden ser multiétnicos, contener una diversidad de grupos definidos adscriptivamente y, más aún, formar una identidad nacional y una sociedad civil con instituciones comunes si la población así lo desea. Acton (1948) reconocía dicha confusión terminológica al escribir que «las dos concepciones de la nacionalidad [...] coincidían únicamente en el nombre». Mill (1972, p. 391) insistía más en la conexión entre nacionalidad y democracia liberal, pero en cualquier caso no entendía la nacionalidad en términos étnicos excluyentes:

Este sentimiento de nacionalidad pudo haber sido generado por varias causas. Algunas veces es consecuencia de la identidad de raza o linaje. La comunidad de lengua y la comunidad de religión, contribuyen enormemente a ella. Los límites geográficos son una de sus causas. Pero la más fuerte de todas es la identidad de los antecedentes políticos: la posesión de una historia nacional y la consiguiente comunidad de recuerdos; orgullos y humillaciones colectivas, alegrías y pesares asociados con los mismos episodios del pasado. Ninguna de estas circunstancias, sin embargo, es tampoco indispensable o necesariamente suficiente por sí misma.

Mill percibe cómo la nacionalidad, en la práctica, está íntimamente vinculada a la lengua, pero no hace de ésta su rasgo definitorio. En efecto, continúa haciendo referencia a naciones que no poseyeron una lengua, religión o cultura comunes; y a territorios que aunque poseyeron estos rasgos distintivos, no se consideraron miembros de una nación común ni llegaron a unificarse políticamente.

Otros autores han intentado excluir el nacionalismo basado simplemente en valores cívicos y derechos individuales, ya que éstos son típicamente formulados en términos universales, como en el caso de la Declaración Francesa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, o las declaraciones del Parlamento de Frankfurt en la revolución alemana de 1848. Breuilly (1982, p. 60) se aferra al carácter universal de estas declaraciones para rechazarlas en cuanto formas de nacionalismo. «La nación constituía la suma de los ciudadanos, cuyos derechos se basaban en su humanidad común. Francia fue simplemente el lugar en el que estos principios universales de la humanidad fueron proclamados y realizados por primera vez.» Pero lo importante está seguramente en que estos derechos requieren una forma de Estado, o al menos una serie de instituciones autoritarias o de procedimientos habituales para obtener su definición y expresión operativas. Es sólo en relación con la autoridad organizada

que los ideales de libertad e igualdad cobran sentido. De modo que estos valores, aunque expresados en términos universales, brindan de hecho un punto de apoyo a cierta forma de nacionalismo. Lo mismo cabe decir de los Estados Unidos, donde la definición de los «valores americanos» se expresa en términos de derechos y verdades universales. Hasta el imperialismo puede ser expresado en términos universales, como es el caso de los ejércitos franceses después de la Revolución y el del imperialismo tanto soviético como americano en el siglo xx. Una vez introducidas en el lecho de Procusto, las definiciones acerca del nacionalismo dan forma adecuada a las necesidades de la teoría, pueden hacer el tema más manejable intelectualmente, pero no logran comprender las complejidades de la doctrina.

El nacionalismo, por tanto, posee una doble cualidad: es una doctrina de liberación, emparentada con el liberalismo y respetuosa de los derechos individuales; y es una doctrina de la subordinación del individuo a la colectividad. Kohn (1955, p. 25) encuentra ambas cualidades en el legado de la Revolución Francesa:

El nuevo nacionalismo llevó a dos puntos culminantes contradictorios: al reconocimiento de la dignidad individual en la Declaración (de los Derechos del Hombre y del Ciudadano), y a la explosión de las pasiones colectivas hostiles a los derechos individuales. Como Jano, la nueva era ofrecía dos rostros.

Una de las dificultades que conlleva el aislar la doctrina nacionalista es que casi nunca se encuentra en puridad, sino que aparece siempre entrelazada con otras doctrinas sociales, políticas y económicas de manera compleja. No es creada por la población nacional en su conjunto, sino por determinadas clases sociales. Resulta sencillo inferir de esto otra forma más de reduccionismo y ver al nacionalismo simplemente como una cobertura, o una racionalización, de los intereses de una clase social. De este modo, puede ser presentado como una estratagema de la burguesía para dividir a la clase trabajadora o para debilitar su conciencia de clase; puede ser un instrumento de una intelectualidad descontenta, que se siente marginada dentro del sistema existente y va en busca de puestos académicos y administrativos; puede ser una ideología del campesinado que lucha por abrirse camino frente a los propietarios; podría ser el instrumento de una clase media modernizadora. Durante el siglo xix, el capital industrial mostró un firme interés por construir el Estado-nación, mientras que el incipiente movimiento de la clase obrera se inclinaba hacia el internacionalismo o el anarquismo, donde se hallaba libre de las contiendas puramente regionales. A mediados del siglo xx, los intereses obreros y la izquierda política estaban entre los más firmes defensores del Estado-nación, mientras que el capital se internacionalizaba y se entregaba cada vez más al libre cambio. Así pues, el nacionalismo puede coincidir con los intereses de clase, pero no puede ser reducido a los

mismos. Más bien, se trata de una construcción social e histórica, que adopta necesariamente distintas formas en distintos lugares. Por consiguiente, el contenido social, económico y político del nacionalismo, en cualquier época dada, no supone meramente un añadido opcional al núcleo de la doctrina, sino una parte integrante del significado del nacionalismo en esa época y lugar.

El nacionalismo, por tanto, puede verse como una doctrina movilizadora que pretende congrega a la gente a través de la clase u otras divisiones tras un proyecto común. Una doctrina movilizadora de este tipo puede ser utilizada con el propósito de la modernización y el desarrollo, o como defensa y obstáculo ante el cambio. El nacionalismo también puede facilitar la transformación económica y social derribando barreras culturales, motivando esfuerzos colectivos, interiorizando costes y beneficios externos al presentarlos como parte de los intereses de la colectividad e induciendo a la gente a sacrificarse por las generaciones futuras. Puede además legitimar los esfuerzos modernizadores de un Estado. Al proporcionar un sentimiento de pertenencia común, el nacionalismo contribuye a reforzar la solidaridad social que sostiene al Estado de bienestar moderno. En los más importantes Estados de la Europa del siglo XIX, el nacionalismo se vio como una fuerza progresiva y un agente modernizador. Igualmente, sin embargo, el nacionalismo puede ser utilizado por las sociedades tradicionales como un mecanismo para resistir el cambio impuesto desde afuera y proteger las viejas formas de vida.

Así pues, el nacionalismo no es un principio que pueda ser tomado o aplicado literalmente en cualquier momento y lugar dados. Contiene demasiadas variedades y contradicciones internas. Nos dice que la humanidad se divide en naciones, pero no nos ofrece criterios convenidos por los cuales éstas puedan ser reconocidas como tales. No puede ser universalizado, pues las demandas nacionales resultan incompatibles en la práctica. Se trata de una doctrina de liberación, pero también de subordinación. En cambio, el nacionalismo es interpretado y utilizado por fuerzas sociales y políticas concretas bajo determinadas circunstancias. Esto no significa reducirlo a una cobertura de clase o a otros intereses, ya que el nacionalismo lo que hace es dar un motivo adicional a éstos. Con todo, se trata de una doctrina que es sumamente flexible y capaz de plegarse a las necesidades de los intereses sociales y políticos.

Nacionalismo y Estado

Los problemas acerca de los orígenes históricos del nacionalismo y su relación con el surgimiento del Estado resultan igualmente controvertidos. Kedourie (1966, p. 9) no tenía dudas al afirmar que «el nacionalismo es una doctrina inventada en Europa a comienzos del siglo XIX». Esta afirmación ha sido ampliamente criticada por centrar su atención en un solo tipo de nacionalismo (Smith, 1971). Otros observadores han visto el nacionalismo como fruto de la

Ilustración del siglo XVIII, de la que la Revolución Francesa representó su máxima expresión. Otros han observado expresiones de sentimiento nacionalista muy anteriores, por ejemplo en las obras de Shakespeare o en la Declaración de Arbroath del siglo XIV, base de la independencia escocesa. En este punto se corre el riesgo de establecer otra forma de reduccionismo, de acuerdo con la cual el significado nacionalista en el momento actual queda siempre registrado en un pasado más remoto.

Es cierto que han existido formas de protonacionalismo en Europa antes de la Ilustración. Sin embargo, hay una diferencia esencial entre dichas formas y los nacionalismos desarrollados a partir de principios del siglo XIX. Con anterioridad a la época de la política de masas, la nación podía ser identificada con un soberano, una dinastía o una clase social determinada. A partir del siglo XIX, la nación dejó de ser propiedad de un monarca o parte de una jerarquía social establecida, y pasó a asociarse con el conjunto de la población. El nacionalismo adquirió de este modo una base popular y quedó vinculado a la doctrina de la soberanía popular. Ésta forma parte del legado de la Revolución Francesa, pero representaba la culminación de ideas que germinaron durante siglos y que fueron fomentadas por la Ilustración. Una vez que el pueblo fue declarado soberano, era preciso determinar quién era el pueblo. Esta base popular a favor del nacionalismo sostuvo relaciones ambiguas con el movimiento análogo hacia la democracia y el liberalismo.

La segunda diferencia esencial se hallaba en las demandas que el nacionalismo formuló a partir del siglo XIX. Comenzó a adquirir una naturaleza excluyente y a plantear reivindicaciones ilimitadas con relación al individuo, sin apelar a una autoridad moral, eclesiástica o tradicional superior. Las implicaciones de estos elementos se hicieron evidentes a finales del siglo XIX. Por aquel entonces, los Estados-nación tuvieron que hacer frente a las demandas de grupos sociales que anteriormente habían carecido del derecho a voto, y que ahora planteaban reivindicaciones sociales y económicas basadas en la ciudadanía. En respuesta a las mismas, los Estados extendieron enormemente su ámbito de acción y sus responsabilidades. Así fue como se transformó el propio significado y contenido del Estado-nación. El nacionalismo se convirtió en un elemento central del debate político a medida que los movimientos políticos de masas se esforzaban por movilizar a nuevos votantes y ciudadanos (Hobsbawm, 1990). También pasó a ser objeto de disputa a medida que diferentes concepciones del mismo entraban en competencia y se cuestionaban sus demandas excluyentes.

La tercera novedad esencial fue la conexión del nacionalismo con el Estado moderno. Hobsbawm (1990, p. 10) llega incluso a afirmar que «de nada sirve hablar de nación y de nacionalismo excepto en la medida en que ambas se refieren a [el Estado]». El nacionalismo ha legitimado la creación de los Estados, al mismo tiempo que los Estados han legitimado al nacionalismo. Los Estados han dispuesto de los recursos y poderes esenciales para llevar a cabo el

proyecto de construcción de la nación. El nacionalismo ha ayudado a los Estados a resolver los problemas de autoridad, gobiernos de mayoría, movilización social y solidaridad. Desgraciadamente, la mayor parte de las discusiones acerca de la doctrina nacionalista se detiene en el punto en el que la demanda de un Estado soberano independiente ha sido declarada o alcanzada. El nacionalismo es entendido exclusivamente en términos de la creación de un Estado. Ello nada nos dice acerca del contenido y significado de la independencia soberana. Sin embargo los atributos, cometidos y recursos del Estado-nación han variado enormemente de un período histórico a otro. Por tanto, tiene su lugar dentro del sistema mundial de los Estados-nación. Es posible que el nacionalismo no haya sido inventado en el siglo XIX sino que, como se ha recalado más arriba, sufriera una transformación cualitativa con la llegada del Estado-nación moderno. El Estado-nación ha sido la base de la construcción de una serie de valores cívicos, entre los que se cuentan la democracia liberal y la participación. Representa un foco de identidad, la expresión de valores culturales y el medio de conseguir la socialización a través de normas comunes. Dentro del Estado-nación, se han alcanzado compromisos de clase y hallado acuerdos sobre repartos distributivos. Las naciones han proporcionado la base y razón fundamental de la construcción de los sistemas de bienestar. La gestión económica ha sido emprendida a través de las formas cada vez más complejas del Estado-nación. Por último, el Estado-nación ha sido tradicionalmente el principal instrumento de la seguridad interior y exterior. Los nacionalistas puede que necesiten, por razones políticas, presentar su doctrina como antigua e inmutable, aun cuando el contenido político del programa nacionalista y las implicaciones institucionales del nacionalismo deban adaptarse a las circunstancias cambiantes. Ahora que el propio Estado-nación está sufriendo una importante transformación, el nacionalismo también tiene forzosamente que adaptarse. Constreñir el nacionalismo exclusivamente al «Estado-nación» sería confinarlo fundamentalmente al siglo XIX, más aún, a unas pocas décadas del mismo. Algunos nacionalismos de finales del siglo XX andan buscando una forma de Estado propia del siglo XIX; otros han avanzado hasta encontrar nuevas formas de expresión.

Además, la relación entre la nación y el Estado ha sido históricamente contingente y no lógicamente necesaria. Otra importante distinción es la que se da entre el nacionalismo unificador o estatal y el nacionalismo minoritario o separatista. El nacionalismo estatal consiste en la exaltación del Estado existente en sus relaciones con el mundo exterior y con respecto a las minorías que se hallan en su interior. El nacionalismo unificador, que fue importante en la Europa del siglo XIX, estriba en la aspiración a expandir el Estado hasta incluir a todos los miembros de la nacionalidad, sea cual sea el modo en que ésta se defina. El nacionalismo minoritario o separatista, por otro lado, implica la negación de demandas exclusivas por parte del nacionalismo estatal y la afirmación de derechos nacionales de autodeterminación para los grupos que se hallan en

su interior. En el conflicto entre ambos tipos de nacionalismo radica uno de los problemas centrales de la teoría nacionalista, tal como es entendida generalmente. El nacionalismo reivindica que las nacionalidades tienen el derecho a formar su propio Estado. Hemos observado anteriormente el problema que supone definir la nacionalidad y cómo esto ha de hacerse por medio de criterios adscriptivos o voluntarios. Mas como quiera que se defina, es posible que los grupos que se encuentran dentro de la nación puedan y quieran sostener demandas de nacionalidad. Sólo que a falta de criterios convenidos para determinar las demandas de nacionalidad, dicho conflicto no puede ser resuelto.

Si, como Kedourie y otros insisten, las reivindicaciones nacionalistas son cuestión de absoluto principio incapaces de plegarse a la negociación y al compromiso, entonces el nacionalismo no deja de ser una receta para la violencia. Ciertas demandas de nacionalidad son sin duda de este tipo. Muchas reivindicaciones nacionalistas minoritarias o periféricas, sin embargo, por lo general representan menos la afirmación de una nacionalidad competitiva y excluyente que una negación de la idea de nacionalidad excluyente. Están dispuestas a reconocer ciudadanos con lealtades e identidades dobles o múltiples, y con la capacidad de actuar en diferentes ruedos. Por ejemplo, los catalanes han reconocido históricamente su pertenencia a la comunidad ibérica y al mundo mediterráneo, al tiempo que a los imperios español o habsburgo y a Europa, así como también su propia nacionalidad. En Gales o Bretaña el nacionalismo ha puesto poco énfasis en la creación de un Estado-nación soberano independiente. El nacionalismo escocés cuenta con una larga historia, pero sólo desde la década de 1930 ha habido allí un partido comprometido con un Estado soberano independiente. El nacionalismo irlandés, bajo O'Connell y Parnell, aspiró más bien a conseguir el autogobierno [*Home Rule*] que la independencia soberana. A la luz de sucesos posteriores, algunos observadores han rechazado esta aspiración como un caso de oportunismo o de realismo, citando la observación retórica de Parnell de que nadie puede fijar el límite a la marcha de una nación. No obstante, hasta el Sinn Fein aspiró en un principio a una monarquía doble al estilo austro-húngaro. Ciertamente se da aquí una confusión terminológica, por cuanto la misma palabra se aplica a ambos tipos de aspiración. Muchos de los escritores más veteranos sobre el tema nacionalista rechazaron la variedad no excluyente en tanto que nacionalismo no verdadero o, simplemente, se limitaron a ignorar estos casos. Kohn (1944), en un extenso trabajo sobre el nacionalismo, rechaza en una nota a pie de página la Preunión de Escocia con el pretexto de que allí había guerras civiles y dos lenguas —aunque lo mismo se podría decir de Francia—. De Cataluña no se habla en absoluto. Otros autores insisten en que estos casos constituyen meros regionalismos o autonomismos. Sin embargo, no hay duda de que los escoceses, galeses, catalanes y quebequenses se consideran miembros de una comunidad nacional, calificándose así de acuerdo con criterios voluntaristas; o de que cuentan con varios de los crite-

rios adscriptivos, tales como la lengua, la historia y las instituciones. Consideran que tienen el derecho de autodeterminación, aunque la mayoría de ellos no han querido ejercerlo para separarse. Se sostendrá más tarde que ser nacionalista no significa necesariamente ser separatista, y que esta aseveración cobra mayor sentido en la era contemporánea, durante la cual los significados de soberanía y separatismo se han transformado. Contrariamente a mucho de lo que se ha escrito sobre el tema, ciertas reivindicaciones nacionalistas son negociables y han sido históricamente negociadas, acordadas y pactadas.

Los nacionalismos periféricos y minoritarios que tuvieron lugar en la Europa del siglo XIX fueron a menudo condenados como obstáculos al progreso. J.S. Mill (1972, p. 395) expuso el asunto de este modo:

Nadie puede imaginarse que no resulte más beneficioso para un bretón o un vasco de la Navarra francesa ser [...] un miembro de la nacionalidad francesa, admitido bajo las mismas condiciones con todos los privilegios de la ciudadanía francesa [...] que [...] el vestigio medio salvaje de los tiempos pasados, dando vueltas en su pequeña órbita mental, sin participar o interesarse por el movimiento general o el mundo. La misma observación se aplica a los galeses o a los escoceses como miembros de la nación británica.

Friedrich Engels no se mostraba más benévolo ante este asunto.

Tanto Mill como Engels se hallaban imbuidos por el concepto victoriano de «progreso», nacido de la expansión material y el avance científico. Se daba por sentado que progreso significaba asimilación paulatina de las normas y valores de las naciones «avanzadas», entendidos como universalmente válidos. Esta idea persistió hasta bien entrado el siglo XX a través de la escuela de pensamiento del desarrollo político, con su sesgo etnocéntrico, sobre todo en los Estados Unidos. Lipset (1975) consideraba a los nacionalistas periféricos como parte de la «rebelión contra la modernidad». Dentro de los grandes Estados, el chovinismo metropolitano se disfrazaba de cosmopolitismo para justificar el desdén por las culturas y políticas periféricas. A nivel mundial, esto cobró la forma de imperialismo cultural. El anticolonialismo en el Tercer Mundo cuestionó estas ideas propias de la década de 1960 y, en algunos casos, produjo directamente un rechazo del nacionalismo metropolitano dentro de los mismos grandes Estados imperialistas. La investigación histórica también ha cuestionado los mitos oficiales que presentan la construcción de los grandes Estados como la victoria del progreso sobre el atraso. El nacionalismo puede ser igualmente utilizado por minorías modernizadoras o democratizadoras dentro de los Estados atrasados, como en el caso de Cataluña en España a fines del siglo XIX o, de manera ostensible, de Escocia y Gales en la Inglaterra del siglo XIX (Keating, 1988). En algunos casos, el conflicto puede que se produzca sobre la forma que adoptará la modernización y el grado en que quedaría expresada a través de la cultura local.

Siempre han existido pueblos históricos, una gran parte de los cuales: *a*) suscriben la proposición de que constituyen una nación; *b*) creen que tienen derecho a la autodeterminación; y *c*) rechazan la idea de la independencia soberana. Tres de los más notables, aunque insuficientemente estimados casos contemporáneos de esto, se hallan en Escocia, Quebec y Cataluña. Observadores ajenos al caso tienden a opinar que no todos los escoceses, quebequenses y catalanes desean la independencia; o que no tienen interés en el asunto; o que sufren una especie de esquizofrenia política. Sin embargo, su posición es suficientemente clara. En Escocia, la Asamblea Constitucional Escocesa que cuenta con una amplia base ha declarado el derecho de autodeterminación, pero sin reivindicar la independencia (la Declaración de Derecho). El Parlamento catalán ha aprobado una resolución que declara el derecho de autodeterminación, mientras deja claro que no intenta utilizar éste para separarse. En Quebec, el referéndum de 1980 constituyó un ejercicio de autodeterminación, que la mayoría utilizó para optar por no separarse. Los nacionalistas estatales han insistido en que estos territorios encajan dentro del marco del nacionalismo clásico, que deberían integrarse en la nación-Estado o separarse. Sin embargo, la disociación de la nación respecto del Estado, tal como la hemos conocido, se está haciendo cada vez más evidente en el mundo contemporáneo.

El repliegue del Estado

Se ha escrito mucho en estos últimos años acerca del fin del Estado-nación, casi todo muy exagerado. Los Estados continúan siendo importantes actores en los asuntos mundiales y en la configuración de las estructuras económicas y sociales de sus respectivas sociedades. Sin embargo, ya no monopolizan esos poderes y recursos que son esenciales a la categoría de nación, ya se considere desde el aspecto externo o interno. Presiones de orden mundial han reducido su capacidad para guiar sus economías nacionales y protegerlas de las presiones exteriores. Esto les ha dificultado sucesivamente desde gestionar los compromisos sociales y económicos hasta resolver los conflictos de clase, territoriales y comunitarios. Los Estados no están desapareciendo, sino que son penetrados por una variedad de presiones e intereses que socavan su autonomía de decisión, lo que ciertamente restringe la capacidad del Estado-nación. Por otra parte, dentro de un orden internacional más fluido, especialmente en el contexto de modelos continentales de integración económica, las naciones pueden contar con otras oportunidades de expresión que no sean las de la construcción de Estados soberanos. A nivel interno, con el repliegue del Estado ante el mercado y los valores individualistas, el carácter de la sociedad civil puede llegar a ser más importante a la hora de definir la categoría de nación. Constituye un lugar común el que la confrontación y el sistema de dominación de las superpotencias, propios del periodo de la guerra fría, fueron el factor decisivo en el sostenimiento del siste-

ma estatal durante los años 1945-90 en la Europa central y del Este. De un modo muy diferente, también sostuvo el sistema estatal y los regímenes de la Europa occidental, tal como los sucesos acontecidos en Italia desde la caída del muro de Berlín han demostrado.

Hubo momentos en que el fin del nacionalismo fue generalmente pronosticado ante la fuerza impersonal del mercado y la tendencia al individualismo en las relaciones sociales. No obstante, el repliegue del Estado no supone el declive de la nación. Al contrario, el nacionalismo puede llegar a ser más importante como forma de movilización política, al proporcionar una forma de identidad frente a la atomización social; puede promover formas de acción colectiva frente a las presiones desintegradoras del mercado internacional, suministrando una base para la solidaridad social en un momento en que las fuerzas del mercado están aumentando la desigualdad y la marginación social; puede proporcionar una razón fundamental para invertir en bienes colectivos y públicos, y para promover formas de cooperación que aumenten la competitividad económica. También cabe que las naciones precisen de definición y, por supuesto, de la aplicación de derechos y libertades civiles individuales. Lógicamente, los derechos individuales son independientes de la nación y la mayoría de sus formulaciones se emiten en términos universales. No obstante, los derechos tienden a expresarse en relación con la comunidad nacional, y, a despecho de tratar de constituir un organismo a los niveles de los de las Naciones Unidas y europeos, hace falta que los Estados dispongan de un tipo especial de legitimidad para hacerlos respetar.

Si el nacionalismo es todavía necesario, y todavía actual, ¿qué forma adquirirá? El carácter de los movimientos nacionalistas varía. Algunos son sin duda destructivos, regresivos y antidemocráticos. Otros son constructivos, progresistas y realizan una contribución positiva a la resolución de los problemas sociales y económicos de la sociedad moderna. Cierta forma de nacionalismo contemporáneo va a reiterar el principio de que el nacionalismo es el mismo en tanto que identidad étnica basada en criterios adscriptivos, y que todo grupo de este tipo debería tener su propio Estado. Esto puede ser cuestionado tanto por motivos éticos como prácticos. Éticamente, la queja está en que dicha forma de nacionalismo vincula los derechos cívicos y la ciudadanía a criterios adscriptivos de grupo, un principio que incluso en Sudáfrica está siendo abandonado. Se trata de un principio excluyente y restrictivo. Prácticamente, la dificultad estriba en que la etnicidad tampoco puede definirse como un concepto descriptivo, opuesto a una designación normativa. Las declaraciones de nacionalidad basadas simplemente en la etnicidad provocan contradecaraciones por parte de las minorías, produciendo una regresión infinita, como en el caso de la ex Yugoslavia. Dado que la nacionalidad excluyente exige casi siempre una coincidencia parcial, esta concepción del nacionalismo es intrínsecamente agresiva. Quienes ven la solución de los conflictos comunitarios en el establecimiento de Estados étnicamente homogéneos se equivocan gravemente.

Hay otra concepción del nacionalismo que se basa en los valores compartidos y en la constitución de una manifiesta sociedad civil. Tal nacionalismo cívico, en cuanto opuesto al étnico, es más bien integrador que excluyente. Uno puede convertirse en miembro de la nación sin haber nacido en ella, suscribiendo valores compartidos y participando en su vida política y social. Una sociedad civil de este tipo es capaz de evitar los peligros parejos de la sociedad moderna: un retraimiento en opresivos grupos de parentesco o étnicos, por un lado; y una caída en un conjunto de individuos atomizados por otro. Es capaz, a su vez, de resolver los problemas de identidad sin subordinar el individuo al grupo; proporciona la solidaridad social necesaria para que funcione el Estado de bienestar; puede también aumentar el rendimiento económico estimulando la producción de bienes públicos, interiorizando costes externos y ofreciendo una razón fundamental para invertir en el futuro. Esto supone extender la tradición del nacionalismo cívico, pero adaptándolo a las realidades de la era moderna. El nacionalismo puede convertirse así en un importante principio de la organización social y política, pero no en el *único* principio. Al desmistificar la nación, permite participar de la soberanía y admite la posibilidad de múltiples lealtades: a niveles locales, regionales, estatales e incluso continentales. Esto no quiere decir que un nacionalismo cívico que funcione pueda inventarse simplemente como una estratagema política. Su existencia depende de una serie de condiciones políticas y culturales arraigadas en la experiencia histórica. Es imposible subrayar este punto con toda firmeza. Como se recalcó anteriormente, el nacionalismo es producto de determinados lugares y asume las características de esos lugares y su experiencia histórica, así como también es moldeado por los sucesos contemporáneos.

¿Adónde va el nacionalismo?

Los indicios respecto a qué forma de nacionalismo está cobrando auge son diversos, de acuerdo con los casos y los territorios particulares. No existe una fácil división entre nacionalismos buenos y nacionalismos malos. Más bien, cada nacionalismo contiene una mezcla de aquellos elementos que hemos identificado más arriba. Tomemos el caso de Alemania. Exceptuando los excesos racistas de la extrema derecha, la reunificación alemana no ha ido acompañada (todavía) por un resurgimiento del culto al *Volk* o por las exigencias de incorporación de otras regiones de habla alemana. Por otra parte, el repliegue gradual del Estado ante el mercado y el individualismo liberal no ha debilitado el sentido de la nacionalidad compartida o de las tradiciones de cooperación social y económica. La reunificación, claro está, las ha colocado bajo un enorme esfuerzo. La gran debilidad de Alemania ha sido su incapacidad para integrar a los no alemanes dentro de la comunidad nacional y su continuada adhesión al principio de identidad étnica como base principal de la nacionalidad. Esto ha debilita-

do la defensa del Estado frente a las reivindicaciones del derecho racista y ha creado graves tensiones sociales. Francia presenta un cuadro diferente. Las tradiciones francesas subrayan que la ciudadanía se basa en el *droit du sol* como opuesto al *droit du sang*, por lo que oficialmente cualquiera puede ser francés suscribiendo una serie de valores cívicos. Bajo la Tercera República, esta doctrina fue interpretada en términos tan restrictivos como para deslegitimar casi cualquier forma de pluralismo cultural o lingüístico. Tampoco ha estado siempre Francia a la altura de estos ideales; actualmente cuenta con el partido racista de extrema derecha más importante de Europa. En los últimos años, la extrema derecha y los republicanos jacobinos han tomado juntos partido en contra de las expresiones de diferencialidad cultural por parte de la comunidad musulmana; y el *droit du sol* fue en gran parte abandonado en 1993. Por otro lado, Francia ha sido capaz en los últimos veinte años de suavizar sus actitudes rígidamente jacobinas mediante el pluralismo cultural entre sus minorías étnicas. Ha aceptado las implicaciones de la integración europea, incluyendo las consiguientes pérdidas de soberanía y de monopolio de la autoridad. No obstante, ha conservado un fuerte sentido de la identidad y de la solidaridad nacional. Ni Francia ni Alemania tienen que hacer frente a una fuerte competencia por parte de nacionalismos minoritarios, con la posible excepción de Córcega. Francia hizo realmente frente a tales tensiones en la década de 1970, pero se las arregló relativamente con éxito.

Los Estados Unidos siempre han suscrito oficialmente una definición integradora de la nacionalidad, basada en una serie de valores cívicos. Hasta la década de 1960, esto fue desmentido en la práctica mediante la exclusión sistemática de una parte importante de la población de los derechos de ciudadanía. Esta exclusión legal terminó a partir de entonces, pero los Estados Unidos aún no han logrado desarrollar un concepto de nacionalismo que posea un contenido social y económico sustantivo, permitiendo así la continua exclusión de amplios segmentos de la sociedad de los beneficios del sueño americano. Los valores y los derechos cívicos son definidos en términos procedimentales. La ausencia de una concepción sustantiva del nacionalismo y de la solidaridad social resultante de ésta, dificulta mucho la formulación en los Estados Unidos de argumentos orientados públicamente. Salvo en las excepcionales condiciones de guerra, en que la nación ha de hacer frente a un enemigo exterior, resulta también difícil movilizarse en pos de tareas nacionales comunes.

Es probable que Gran Bretaña haya seguido en la dirección americana, al otorgar una importancia casi exclusiva a los valores individuales y al éxito privado. La afirmación de Margaret Thatcher de que no existe una cosa tal como la sociedad, junto con su estridente nacionalismo en los ruedos internacionales, representa una eficaz indicación de la evolución seguida, sólo que no debería verse simplemente como el juicio aberrante de una líder. Al igual que en los Estados Unidos, el nacionalismo se asoció históricamente con el imperialismo

y, cuando el imperio se derrumbó, se reveló el fracaso de la construcción de la nación en el propio país. Tal vez sea la carencia de una identidad nacional segura de sí misma lo que esté detrás de la reticencia británica a la integración europea y de los temores a ser arrollada por influencias continentales. Gran Bretaña, como España, también tiene que hacer frente a los nacionalismos que compiten en su periferia.

El final de la guerra fría ha coincidido con un resurgimiento de los nacionalismos minoritarios. Los comentaristas sostienen a menudo que los nacionalismos minoritarios están barriendo actualmente el viejo continente, volviendo a despertar viejas disputas. También afirman que ello contradice, o incluso imposibilita, el avance hacia la integración europea. Pero esto supone pasar por alto el contexto de los distintos movimientos que reivindican el rótulo nacionalista, así como también su contenido político. El contexto de la Europa oriental y occidental es muy diferente. Salvo excepciones aisladas tales como Irlanda y Noruega, el Estado en Europa occidental cobró existencia merced a la consolidación de los territorios, a la que siguió un proyecto de construcción de la nación. El nacionalismo cívico fue, por lo general, más importante que el nacionalismo étnico, una tendencia que quedó confirmada con la derrota del Tercer Reich. Los nacionalismos minoritarios han tenido que hacer frente a un sistema estatal más bien estable y consolidado. La democracia liberal ha proporcionado un medio de promover las reivindicaciones sociales y económicas a través del Estado central. A fines del siglo xx, el Estado-nación no está agonizando, pero se está haciendo mucho más permeable, debido a influencias supranacionales, subnacionales y sectoriales. Está empezando a surgir una concepción más pluralista del nacionalismo, con menos pretensiones excluyentes.

En la Europa oriental y central, los Estados nacieron a fines del siglo xix como consecuencia de la fragmentación del Imperio. Nunca ha habido allí un sistema estable de Estados-nación, y la democracia ha sido durante mucho tiempo asociada con la secesión a partir del Imperio antes que con la transformación del Estado. El principio de nacionalidad, confundido con criterios étnicos, ha sido invocado para legitimar los ataques contra los sucesivos órdenes imperiales desde el siglo xix. El Tratado de Versalles intentó en 1919, con resultados nefastos, poner en práctica el principio de Estados étnico-nacionales. Dado este legado histórico, los años 1990, con el hundimiento del imperio soviético, prometen repetir la experiencia.

Incluso entre las naciones sin Estado, existen también variedades y tipos de nacionalismo semejantes. En algunos casos, como en Escocia y Cataluña, el nacionalismo es abierto y está basado en la identidad histórica y en valores cívicos. Los recién llegados pueden integrarse, y el proyecto nacionalista aspira más bien a unir que a dividir la sociedad. El coste de la integración es relativamente bajo, incluso en Cataluña, donde se obliga a aprender el idioma, ya que la mayoría de los inmigrantes hablan una lengua afín. En Quebec, un naciona-

lismo cívico, integrador, compite con otro basado en la identidad étnica (mediado por la lengua y la ascendencia), el primero asociado en gran parte —aunque no exclusivamente— con el Partido Liberal, y el último asociado en gran parte —aunque no exclusivamente— con el Partido Quebequense. En los tres casos, los movimientos nacionalistas se han adaptado, al menos en parte, a la transformación del Estado-nación y a la inutilidad de buscar una forma política correspondiente al siglo XIX, apoyando firmemente de algún modo la integración continental, dentro de la cual podrían disfrutar de una independencia modificada. Esta disociación entre el nacionalismo y el deseo de un Estado, como mencionábamos más arriba, cuenta con raíces históricas en estos lugares, pero el nuevo contexto internacional y la naturaleza cambiante del Estado le dan un nuevo significado.

Otros movimientos nacionalistas minoritarios siguen siendo partidarios intransigentes del separatismo basado en una definición restringida de la identidad nacional. Es el caso de las alas extremas de los movimientos vasco, nacionalista irlandés y flamenco, las cuales nunca han sido capaces de contar con el apoyo más que de una minoría, la de aquellos que definen su propia nacionalidad de acuerdo con su propio punto de vista. Hay también, claro está, escoceses y catalanes que definen la nacionalidad con arreglo a diversos criterios «étnicos» y que tratan de excluir a aquellos que viviendo dentro del territorio no satisfacen estos criterios, pero son relativamente poco numerosos.

Las naciones, los grupos étnicos y los Estados han estado estrechamente relacionados históricamente. En muchos casos, Estados-nación señaladamente fuertes tales como Alemania y Francia, continuarán siendo así. En Europa oriental, puede haber fragmentaciones territoriales que traten de emular su ejemplo sin las condiciones históricas, sociales y políticas previas. No obstante la conexión es contingente, no lógica, y en otros casos puede ser que se separen cada vez más. Esto puede quebrantar los principios de la doctrina nacionalista del siglo XIX y de los representantes de la escuela alemana, pero refleja la compleja realidad social y política. Una concepción de este tipo tiene más en común con las formas de autoridad e identidad políticas de la época del Estado prenatal, con sus esferas diferenciadas de autoridad, que con el del Estado omnímodo. En semejante orden político difuso, las naciones que funcionan con sociedades civiles, tradiciones y solidaridad social y poseen capacidad para la acción colectiva perdurarán, incluso frente al debilitamiento de la autoridad estatal. Las sociedades que carecen de esto se enfrentarán a la marginación o a nuevas formas de dependencia, a los caprichos del mercado mundial o a los grandes poderes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACTON, Lord: *Essays in Freedom and Power*, Boston, 1948.
- BREUILLY, J.: *Nationalism an the State*, Manchester University Press, 1982.
- CONVERSI, D.: «Teorie dell'etno-nazionalismo», *La Critica Sociologica*, 81, pp. 71-87.
- ELLER, J.D. y COUGHLAN, R.M.: «The Poverty of primordialism: the demystification of ethnic attachments», *Ethnic and Racial Studies*, 16, 2 (1993).
- GELLNER, E.: «Nationalism», en *Thought and Change*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1964.
- HOBSBAWM, E.: *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- HOROWITZ, D.: «Ethnic Identity», en N. Glazer y D. Moynihan (eds.), *Ethnicity. Theory and Experience*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1975.
- KEATING, M.: *State and Regional Politics. Territorial Politics and the European State*, Hemel Hempstead, Harvester-Wheatsheaf, 1988.
- : «Regionalism, Peripheral Nationalism and the State in Western Europe: A Political Model», *Canadian Review of Studies in Nationalism*, XVIII, 1-2 (1991), pp. 117-129.
- KEDOURIE, E.: *Nationalism*, Londres, Hutchinson, 1966³.
- KELLAS, J.: *The Politics of Nationalism and Ethnicity*, Londres, Macmillan, 1991.
- KOHN, H.: *The Idea of Nationalism. A Study in its Origins and Background*, Nueva York, Macmillan, 1944.
- : *Nationalism, its meaning and history*, Princeton, Van Nostrand, 1955.
- LIPSET, S.M.: «The Revolt against Modernity», en *Consensus and Conflict. Essays in Political Sociology*, New Brunswick, NJ, Transaction Books, 1975.
- MILL, J.S.: *Utilitarianism, On Liberty and Considerations on Representative Government*, Londres, Dent, 1972.
- NEILSSON, G.: «States and "nation-groups". A global taxonomy», en E.A. Tiriakian y R. Rogowski (eds.), *New Nationalisms of the Developed West*, Boston, Allen and Unwin, 1985.
- POGGI, G.: *The State. Its Nature, Development and Prospects*, Cambridge, Polity, 1990.
- RIGGS, S.: *Ethnicity. Concepts and Terms used in Ethnicity Research*, Honolulu, University of Hawaii, 1985.
- SMITH, A.: *Theories of Nationalism*, Londres, Duckworth, 1971.
- : *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, Blackwell, 1986.
- : «Ties that bind», *LSE Magazine* (primavera 1993).
- SNYDER, L.: *The Meaning of Nationalism*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1954.

Michael Keating es profesor de Ciencia Política en la Universidad de Western Ontario (Canadá), y ha enseñado en diversas Universidades de Inglaterra, Estados Unidos y Francia. Es autor o editor de doce libros y numerosos artículos sobre política regional y urbana y nacionalismo en Europa.